

# OLVIDO Y CRUELDAD

ÁLVARO LOZANO

# OLVIDO Y CRUELDAD

Las mujeres del rey don Pedro



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: junio de 2023

© Álvaro Lozano, 2023  
© de la presente edición: Edhasa, 2023  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6401-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 9741-2023

Impreso en España

«El tiempo, fluyendo inconteniblemente y moviéndose siempre, arrastra y lleva todo lo engendrado y lo sumerge en el abismo de la oscuridad, donde no existen hechos dignos de mención, ni donde los hay grandes y dignos de memoria, haciendo surgir lo que está oculto, como dice la tragedia, y escondiendo lo que es patente».

Ana Comneno, *Alexíada*

«No puedo contar esta historia tal como debió de ser. Todo ese fárrago de personajes, acontecimientos, fechas, toda la ramificación infinita de relaciones causa-efecto, y luego esa gente, esa gente de verdad que ha existido de verdad, con su vida, sus actos y sus pensamientos que apenas si llego a rozar... Una y otra vez me doy contra ese muro de la Historia por el que trepa y se extiende imparable hacia arriba, cada vez más dura, la hiedra desalentadora de la causalidad».

Laurent Binet, *HHhH*

LA FALDA  
DE URRACA OSSORIO

*Sevilla, 1367*

Cuando despunta esa mañana de septiembre, el rey don Pedro no ha muerto todavía. Aún le queda algún que otro año por vivir, pocos, no más de dos, aunque eso él no lo sabe. Se lo puede imaginar, es posible que sienta cómo lo va cercando el destino, pero no se puede decir que sea consciente de ello, al menos no de la misma manera en que sí es consciente de lo que hará al día siguiente, qué asuntos requieren con urgencia su atención, cuáles son los amigos a los que tiene que vigilar y cuáles los enemigos a los que debe agradar –o defenestrar– para retrasar ese momento: el final con el que a veces sueña y que teme por encima de todas las cosas.

Pensándolo bien, después de todo tal vez sí sepa que va a morir, pero es un pensamiento que no termina de concretarse en su cabeza; se le pega a la mente como una tela de araña cuando despierta sobresaltado por algún ruido, y tarda un instante en recordar dónde está, quién es, qué es lo que teme. Su muerte es una posibilidad efímera que apenas dura un instante en su imaginación antes de ser desterrada de un manotazo hacia el futuro remoto, que tal vez nunca llegue a cumplirse, donde no pueda hacerle daño.

Lo que el rey sí que sabe fuera de toda duda es lo que va a ocurrir ese día de septiembre, porque es él quien lo ha

ordenado. Quizá se arrepiente a ratos de la brutalidad de su venganza; sin embargo, la sentencia ya ha sido dictada, y la palabra de un rey tiene rango de acción, se manifiesta inevitablemente en un hecho concreto y, de la misma manera en que aquello que los dioses antiguos hacían ya no podía deshacerse, así tampoco puede desdecirse el rey don Pedro. Tan sólo le queda esperar en el alcázar a que le lleguen noticias de que su voluntad ha sido cumplida, y eso, no otra cosa, es lo que hará. Esperará, bien sea paseando por los jardines, departiendo distraídamente con alguno de sus secretarios o asomándose desde las ventanas de su esplendoroso palacio en busca del humo que señale que su voluntad se ha cumplido. Su papel ejecutor ya ha tenido lugar, ya no tiene nada que hacer al respecto; y, cuando el rey no tiene nada que hacer, tiende a desesperarse con facilidad, y eso, a veces, para los que comparten con él esos momentos, puede ser muy peligroso.

Tampoco imaginan que el rey va a morir dentro de pocos años la gente que se va acercando a la Laguna de la Cañavería, junto a las murallas que protegen el norte de la ciudad. Algunos, los más informados, los que están al tanto de los violentos enfrentamientos que durante años han hecho tambalearse a la corona de Castilla, son capaces de imaginárselo. También lo temen, porque ellos están de parte del rey. No es que lo amen, pues no sabrían hacerlo —ese ánimo no se encuentra en sus corazones—, pero prefieren al rey por encima de los otros, de los nobles a quienes don Pedro se enfrenta sin descanso desde hace tanto; esos señores que poseen las fértiles tierras del valle del Guadalquivir, los duques y los marqueses, los condes y los vizcondes, los adelantados y los grandes maestros, aquellos que los exprimen hoy más que ayer, los notables del reino que se han arruinado por culpa de la peste y la consecuente es-

casez de mano de obra para labrar sus tierras y que no dudan, a su vez, en traer la ruina a los demás con tal de no caer del pedestal desde el que prodigan su soberbia y su desprecio. No obstante, no hay que confundirse cuando se mira en el corazón de los sevillanos, pues los que acuden en pos de su curiosidad morbosa a disfrutar del espectáculo no han oído hablar nunca de Grecia ni de su democracia y no conocen otra forma de gobierno que no sea la de ser ellos los siervos y alguien su soberano. Tampoco fantasean con la idea de detentar ellos el poder, porque eso es inconcebible; se conforman con un amo menos severo, y el rey lo es. Don Pedro lleva años esmerándose en expulsar a esos nobles de sus palacios de mármol, en apearlos de sus monturas enjaezadas con un lujo delirante, pero no para que levanten su bota del cuello de los más pobres, sino para igualarlos a todos por debajo de él, aunque eso implique despojarlos de sus cabezas. Llegará el día, no muy lejano, en que don Pedro conocerá la muerte en los campos de Montiel, el cuerpo en el barro y la cabeza en la pica, pero hoy no es ese día. Hoy toca que sean otros los que mueran, y los que lo llaman «el Justiciero», más por hacer rabiar a sus enemigos que porque consideren al rey capaz de justicia alguna, se acercan a ver el espectáculo de la crueldad que algunos le atribuyen, como Urraca Ossorio. Es su muerte, que se presiente terrible, lo que han venido a presenciar, y la tardanza de la rea en hacer acto de presencia ya impaciente a la multitud que se ha ido congregando en el lugar donde va a ser ajusticiada.

Hace calor ese día en Sevilla. El verano se niega a irse del todo para dar un respiro a los habitantes de la ciudad. La luz del sol se reflejaría sobre el agua de la laguna si la inmundicia que cubre su superficie no formara una costra verdosa y maloliente por toda la porquería, tanto humana

como animal, que se vierte sin miramientos en aquel lugar. El hedor es a ratos insoportable, y el solano que sopla a mediodía lo esparce por la ciudad como un aliento cadavérico. Hace meses que no llueve, y parte de la laguna se ha secado dejando al descubierto sus miserias: la tierra cuarteada, el cieno grisáceo, los escombros y los huesos. La ciudad se ha ido recuperando poco a poco de las últimas epidemias y del terrible terremoto de la década anterior, pero no allí. En los alrededores de la Laguna de la Cañavería, las heridas aún supuran, se pueden ver las cicatrices de esa ciudad mestiza, que tiene todavía bastante de mora y un poco de judía, aunque ahora sea eminentemente cristiana.

Doña Urraca Ossorio de Lara ha sido víctima de su árbol genealógico. Es viuda de don Juan Alonso Pérez de Guzmán, segundo señor de Niebla, hijo del ilustre Guzmán el Bueno, y, sobre todo, es madre de otro Juan Alonso Pérez de Guzmán, que sí que vive, pero ha huido de Sevilla después de que el rey don Pedro derrotara a su medio hermano don Enrique, conde de Trastámara, en la batalla de Nájera. Don Juan Alonso apoyaba al bastardo Trastámara, y eso ha condenado a su madre.

Por fin aparece doña Urraca ante la multitud, escoltada por un número ridículamente elevado de soldados. A sus más de cincuenta años, en todo parece ya una anciana. Tiene los ojos hundidos, la mirada perdida, la piel de color ceniza y el pelo grisáceo, pero no por virtud del distinguido plateado que otorga la madurez, sino que lo que pinta sus cabellos es el blanco encrespado del terror. Sólo ella sabe las vejaciones a las que ha sido sometida, pero se las calla, con la voz y con su manera de caminar: la barbilla alta y el paso firme y decidido, como si ella guiara a sus custodios y no al contrario. Atesora ese último instante de dignidad mientras el gentío, hasta ahora disperso, desmembra-

do, se arremolina en torno al cortejo para transformarse en otra cosa, en un único cuerpo y una sola alma; una muchedumbre que convierte a cada uno de sus insignificantes integrantes en parte de una criatura gigantesca que habla ahora con una voz unánime. Esa voz insulta a Urraca, se ríe de ella, la desprecia y trata de humillarla. Pero Urraca no se deja, se guarda las lágrimas y la rabia, les muestra su dignidad de señora como respuesta a sus improperios. No vuelve la cabeza y apenas hace el esfuerzo necesario para esquivar los objetos que la turba lanza a su paso. No es que no tenga miedo, es que se niega a mostrárselo a esa escoria. Ya ha llorado lo suficiente clamando por su inocencia, y ahora, cuando ya no existe otro desenlace posible, sólo le queda el consuelo de su entereza. Todavía se atreve a rezar a Dios conforme sus pies, descalzos y ensangrentados, van dejando su impronta sobre el limo que la laguna ha descubier- to. Digo que se atreve a rezar a Dios porque hasta este momento no ha sido capaz de hacerlo. Su fe se resquebrajó al oír la sentencia. Dudó de Él por permitir un final tan amargo, y duda ahora de si sus pecados han sido más grandes de lo que pensaba y por eso se merece el castigo o, por el contrario, simplemente Dios la ha abandonado por su insignificancia, su intrascendencia en este mundo. Ella, que hasta ahora se creía tan importante, tan influyente, trata de enumerar en su memoria los posibles agravios contra el Altísimo mientras ignora a la chusma y su voz enfebrecida de mil demonios; al contemplar sus pecados, incluso si lo hace con la sinceridad de los que están a punto de morir, sin reparo y en toda su crudeza, no le parecen tan terribles, o al menos no tanto como los de ese rey que va a convertirse en su verdugo invisible. Sus labios, cuarteados como la tierra maloliente que la sequía del verano ha ido arrancando a la laguna, apenas se mueven mientras murmura una plegaria.

«Miserere mei, Deus: secundum magnam misericordiam tuam», repite sin cesar. No sabe por qué le ha venido ese salmo a la cabeza, pero no puede pensar en otra cosa. Se aferra a él para no sentir el calor del mediodía, para no oler la decadencia del agua putrefacta y de la muchedumbre que vocifera. Ya no pide un milagro, sabe que no existen para ella; sólo quiere que el dolor sea leve, que el humo la intoxique antes de sentir cómo las llamas abrasan su cuerpo.

Para la multitud, incapaz de sentir compasión alguna, Urraca es la encarnación del enemigo, la concreción de sus desgracias en un cuerpo encorvado y roto que, protegido por los soldados –porque para la turba eso es lo que hacen los soldados, protegerla de ellos, sus legítimos verdugos–, avanza hacia la pira en la que terminará sus días. Muchos no saben su nombre o lo acaban de conocer al escuchársele a un vecino, pero poco importa, porque la anciana Urraca es una señora y forma parte del difuminado conjunto de sus opresores, al que ahora, por fin, pueden poner cara. Y toda la rabia, la frustración y el hambre que han sentido a lo largo de sus vidas converge en ella: una mujer en la que, a pesar de su aspecto sucio y decrepito, de su vestido azul hecho jirones, de su pelo encrespado azotado por el aire al verse desprovisto de la protección de los suntuosos tocados, reconocen al adversario, y eso les basta.

Hay entre el gentío algunos que podrían reclamar con justicia haber sido víctimas directas de la condenada, antiguos sirvientes y campesinos que trabajaron algún mísero terruño de sus vastas tierras. En ellos, la indignación y las ansias de venganza vibran con especial energía. Sin embargo, también hay otros que en su día la sirvieron, incluso hasta no hace más de unas pocas semanas, que han acudido con un ánimo distinto, una mezcla de temor reverencial, de deuda no saldada, de castigo autoimpuesto, como si com-

partieran la culpa de su señora y al contemplar su horrible destino pudieran alcanzar la paz que no encuentran en las noches de terrible calor y exasperante insomnio. Esa misericordia que Urraca reclama al cielo se la profesan en abundancia sus sirvientes allí presentes, que no son más de cuatro o cinco, mujeres en su mayoría, ocultas entre el público, en la panza de la bestia rabiosa de la muchedumbre, como un amigo silencioso que no se atreve a revelarse.

Urraca ya ha subido a la tarima. Sus pies dejan huellas de sangre y barro en la madera sin desbistar del improvisado cadalso. Le niega la mirada al poste donde está a punto de ser atada. En su lugar, mantiene los ojos fijos en la lejanía, más allá de las cabezas que la contemplan con inquina. Observa el principio de la callejuela por la que ha llegado su comitiva, la misma que ya no volverá a pisar jamás, como aquella otra que se abre a su derecha o la otra a su izquierda. Apenas le quedan unos pocos pasos que dar en este mundo, al menos con pies terrenales; sin embargo, Urraca ya no está segura de si trascenderá esta vida o si, en caso contrario, la que le espera en el otro lado vaya a transcurrir en el lugar que corresponde a los bienaventurados. Su desgracia la tienta a pensar que tal vez se lo merece, porque no puede haber un Dios tan cruel. Sólo el rey es capaz de tanta brutalidad, pues no conoce medida para el amor ni para el odio. Bien lo sabe ella, que lo ha visto mirar con desprecio a su esposa Blanca y, casi al instante, volver sus ojos enardecidos de pasión hacia la puta de María de Padilla. Pero de eso hace ya muchos años. Ambas mujeres están ya muertas, como muerta estará también ella en unos instantes, y, entonces, Urraca piensa que bien hubiera querido acompañarlas a la tumba, acabar su tiempo en este mundo un poco antes con tal de librarse del tormento que le espera. El miedo, que hasta ahora había logrado ocultar con el es-

cudo de la dignidad, se abre paso por su cuerpo hasta llegarle al alma. Mientras escucha la sentencia de labios del verdugo, que para mayor humillación suya hace también las veces de secretario real, los ojos empiezan a escocerle por las lágrimas que no terminan de salir, como si ya hubiera agotado las que le correspondían para toda una vida.

Cuando la atan al poste, un momento de pánico amenaza con hacerle perder la compostura. Ya queda poco, se dice, y se conjura para aguantar y demostrar a la chusma que ella es diferente, que, aunque ellos vivan y ella muera, nunca podrán compararse con los de su estirpe. No es sólo una cuestión de azar, de haber nacido en la cuna adecuada; es una cualidad del alma y de la mente, algo que ellos nunca podrán alcanzar. Se consuela con esa certeza final, a la que atribuye la innegable veracidad que se supone a las revelaciones de los profetas o de los mártires que están a punto de entregar su vida por una causa justa. Porque de eso Urraca nunca ha dudado: el rey don Pedro es un monstruo, un demonio que camina entre hombres. La traición de su hijo Juan Alonso, al que dedica un fugaz pensamiento cargado de rencor por encontrarse cómodamente refugiado en Alburquerque, a salvo de las garras del rey y sus cómplices, era necesaria e ineludible, no sólo por el bien de su gloriosa casa, sino por el de toda Castilla.

El verano se ha encargado de secar la leña con la que han formado la pira. Cuando la prenden, Urraca se da cuenta enseguida de que los troncos, carentes de humedad alguna, no desprenden el humo con el que esperaba perder la consciencia para burlar el dolor de las llamas. La inquietud empieza a apoderarse de ella, y comienza a retorcerse y a tratar de liberarse de sus ataduras. Es algo instintivo, ya no puede dominar el miedo, que se ha convertido en terror. Sobre el crepitar de la hoguera se escucha algún im-

proprio más, pero Urraca ya no los escucha, descuidada su atención en todo lo que pasa más allá de su cuerpo, del poste en el que está atada, del tímido humo que le irrita los ojos y la garganta pero que apenas la aturde. También se da cuenta entonces de su desnudez, porque únicamente le han permitido ponerse una saya, ni camisa ni calzas, y nota el aire caliente acumulándose debajo de la falda, que empieza a ondear. La muchedumbre, que también se da cuenta de ello, esboza una sonrisa hecha de mil rostros. Los hombres se relamen, esperando que el aire termine de humillar a Urraca y esponga su carne antes de ser abrasada; las mujeres, al menos aquellas que logran mantener la mirada fija en la escena, que no son pocas, esbozan una mueca maliciosa.

La expectación crece con rapidez. El gentío, transfigurado ya en lo peor de sí mismo, está a punto de aplaudir para animar al viento a que cumpla con su penoso cometido. Entonces, cuando todos contienen el aliento, una ráfaga poderosa y despiadada se levanta desde el suelo y consuma la traición: la falda de Urraca queda suspendida en el aire, como si flotara o unas manos invisibles la sujetaran, dejando bien a la vista sus vergüenzas. Una carcajada estalla contra el fuego, que ya crepita y asciende poderoso arrancando alaridos a la hasta ahora imperturbable mujer. Su altanería ha hecho que el gentío disfrute aún más de este momento. La odian con todas sus fuerzas, la desprecian con toda su alma, y algunos son todavía capaces de encontrar en sus corazones un poco más de la miseria que los pudre por dentro para insultarla de nuevo. Sin embargo, cuando a Urraca ya apenas le queda un aliento de vida, un acto de sublime coraje, el milagro que ya había dado por perdido, se manifiesta para salvar su honra y acallar todas las voces. Urraca ya no lo ve, porque ha caído en la breve inconscien-

cia que precede a la muerte, pero una de sus más fieles sirvientas, Leonor Dávalos, sale a la carrera de las entrañas de la bestia informe en que se ha convertido la muchedumbre y se lanza a la pira para sujetar la falda de su señora. Y allí se aferra a la tela con la fuerza que le otorga el último gesto de una vida que está a punto de consumirse. El fuego lame lentamente a Leonor, que con los ojos cerrados no parece sentir nada. Muy quieta, parece que en lugar de estar siendo quemada viva la hubieran congelado. No tarda mucho en morir, pero al instante, con su heroico sacrificio, hace enmudecer a la multitud, que ya no ríe ni grita; en su lugar, empieza a disgregarse, avergonzada, sabiéndose miserable cuando mira de reojo la expresión de beatífica dulzura que se calcina en el rostro de Leonor. La bestia temible ha desaparecido, reducida de nuevo a la insignificancia de cada uno de sus miembros, que se van perdiendo poco a poco por las callejuelas hasta dejar desierta la laguna. Incluso los soldados, hasta ahora ufanos y divertidos por el espectáculo, agachan la cabeza, compungidos por la muerte de las dos mujeres.

Según se cuenta, este día de septiembre, que estaba llamado a mostrar lo implacable que puede llegar a ser el rey con sus enemigos, ha sembrado una duda entre sus partidarios. La noticia de lo acontecido en la Laguna de la Cañavería se extiende veloz por toda Castilla, pero también por Aragón y Portugal, por Navarra y por Francia, incluso llega hasta la lejana Inglaterra. Los rumores que portan el relato de la muerte de Urraca Ossorio y Leonor Dávalos susurran crueldad y locura. Nada cambiará, no habrá ninguna deserción en el bando del rey don Pedro, pero muchos volverán la vista atrás y comenzarán a enumerar los horrores con los que carga el monarca y le atribuirán otros que no son suyos, porque su famosa crueldad ya ha alcanzado

el rango de leyenda, y las leyendas son insaciables, toman prestado todo lo que las hace aún más grandes. Y, así, los nombres se sucederán en los labios de los que pregonan la maldad de don Pedro; nombres de hombres y de mujeres que se cruzaron con su supuesta crueldad a lo largo de sus vidas, nombres que serán recordados por los vencedores, los mismos que escribirán la historia de este siglo no para que se recuerde tal como fue, sino para que se olvide la verdad de los vencidos.

LEONOR DE GUZMÁN,  
LA BARRAGANA  
DEL REY ALFONSO

### *Medina Sidonia, 1350*

Era costumbre en aquella época, en el reino de Castilla, contar los años según la era de César o era hispánica, de manera que, aunque corre el año 1350, para los sorprendidos campesinos y labriegos que ven pasar el cortejo fúnebre del rey Alfonso XI camino de Sevilla el año es 1388. Si es que saben en qué año viven, porque es bien posible que no tengan ni idea. En realidad, si se piensa detenidamente, puede ser cualquier año o cualquier momento. Todo depende de cuándo se ponga uno a contar. Lo que de verdad importa es que para ellos es el presente, es este día y no otro cualquiera, no es ayer ni es todavía mañana. Y esos campesinos dirían simplemente que es hoy, que es lunes o martes, que están a finales de marzo.

Tampoco tienen demasiado claro labriegos y villanos quién es toda esa gente que compone la extraña procesión que contemplan sus ojos. Si escucharan sus nombres, tal vez reconocerían a algunos de los personajes que ven desfilar por sus caminos, pero nadie los pronuncia, ni tampoco se atreven a acercarse a preguntar. Los que han viajado más, los que han venido a poblar la frontera desde las tierras de Castilla y de León, o desde más al norte aún, de Galicia o de Asturias, reconocen las insignias de la orden de Santiago y de Calatrava, y tal vez también el estandarte de alguno

de los nobles con los que han cruzado su camino en el pasado. Algunos incluso han combatido contra los moros junto a ellos. Estos veteranos, al ver de nuevo los pendones y las armaduras, como por reflejo, aferran los rastrillos y las azadas como si fueran la empuñadura de las espadas que blandieron en su día en batallas a las que sobrevivieron por suerte o más bien por obra de un milagro, porque todos son más o menos lo que se entiende por devotos: hombres en buena medida temerosos de Dios, cristianos fidelísimos que oponen la verdad de la salvación por la cruz a las creencias de sus vecinos mahometanos. En sus vidas apretadas, pegadas a la tierra y pendientes del cielo, queda poco espacio para la especulación o la imaginación, de manera que no se cuestionan lo que les cuentan los curas y los monjes cuando se dignan a apearse del latín ininteligible, casi mágico, con el que salmodian en las iglesias; atribuir, por tanto, su buena suerte, su supervivencia improbable, al caos de la guerra, a otro agente que no sea el Altísimo, es algo que ni se les pasa por la cabeza. Mueren y viven por Dios, pero también por mano de los hombres; de esos mismos hombres que están viendo pasar por los caminos que lindan con las tierras que han comenzado a trabajar ahora que el invierno se ha retirado hacia el norte; hombres a los que instintivamente reconocen como a sus señores en el porte de sus caballos, en las ropas lujosas que visten, en el número de siervos que los acompañan.

Las noticias tardan en llegar, y el rumor de la muerte del rey todavía no se ha extendido, ni siquiera en los primeros tramos del camino. Las carretas de los bueyes cargan tiendas y aperos de guerra, también baúles que guardan con celo las posesiones de los potentados del reino, que los campesinos imaginan fabulosas. La comitiva se asemeja en tamaño al de la corte itinerante cuando se traslada de una

ciudad a otra por mandato del rey, pues el reino carece de capital permanente, y es la presencia del soberano la que hace bascular el centro del poder de un lugar a otro a su conveniencia. Sin embargo, no hay rastro del ambiente laborioso y casi festivo que suele acompañar el periódico trasiego de criados, nobles, secretarios, cancilleres, soldados y sacerdotes en las peregrinaciones de la corte. Por eso las gentes intuyen que se trata de algo diferente. Saben que el rey ha ido a cercar Tarifa para ganársela de nuevo a los moros, pero, si bien hay soldados entre los extraños que recorren sus tierras, no parece tratarse de un ejército que retorna de la guerra. El gesto de los integrantes de la larga fila es apesadumbrado, no derrotado. Sus rostros están exhaustos, y portan todavía las marcas de la enfermedad y de la desconfianza mutua, que ya ha empezado a anidar entre los más insignes miembros de la comitiva, los nobles más poderosos de Castilla, que no se acercan demasiado a los restos mortales del rey, pues ni tan siquiera los vientos del mes de marzo son suficientes para disipar la pestilencia que emana del carro que porta los despojos del que fuera su soberano. Los niños, más audaces e inconscientes que sus padres, ávidos de cualquier novedad que los distraiga del pesado transcurrir de los días, corren descalzos al encuentro de los caballos y de las carretas, mas se topan con la animosidad de los dolientes que salieron hace poco más de dos jornadas de la inmediaciones de Tarifa para enterrar al rey. Los condes, los maestros, los duques y los adelantados están demasiado ocupados calculando de qué lado cae la lealtad de los que cabalgan a su lado como para prestar atención al vulgo, que para ellos es en ese momento poco más que parte del paisaje que se ven obligados a recorrer con más lentitud de la que acostumbran. Han renunciado a la velocidad para acompasarse al ritmo de la carreta fúnebre que cierra

el cortejo entre el denso humo de los sahumeros con que los sacerdotes honran al difunto monarca al tiempo que tratan de ocultar su hedor.

No ha llegado aún el tiempo de la guerra que obligue a los notables de Castilla a enfrentarse entre sí, pero ellos ya saben que llegará. En este mismo día, mientras acompañan al regio cadáver de Alfonso XI, algunos comienzan a temerla y otros a desearla, pero todos por igual se aprestan a afilar en su mente las espadas que blandirán contra los que se decanten por el bando contrario. Cada uno de ellos tiene sus favoritos para la muerte y la desgracia, aquellos a quienes les gustaría ver al otro lado de su acero. Los matrimonios que tejen la intrincada red de la nobleza castellana presuponen alianzas que a muchos les gustaría romper, y ahora se presenta la oportunidad de ajustar esas cuentas que llevan décadas esperando ser pagadas. Porque entre ellos hay buenos y malos administradores de tierras y bienes, los hay que se comportan como tiranos con sus siervos, mientras que otros prodigan su generosidad y su misericordia, y, sin embargo, todos comparten una obsesión en común: la diligencia con la que llevan la cuenta de las afrentas que deben ser saldadas. Las han ido transmitiendo durante generaciones y acumulando en sus corazones, una a una, sin olvidar ni perdonar ninguna; se las han enseñado a sus vástagos al calor del fuego en las noches de invierno, como si instruirlos en el rencor formara parte de sus deberes como padres. Y ese odio, esa envidia, ese resentimiento amontonado durante décadas empieza a fermentar ahora.

El deseo de don Alfonso era reposar en Córdoba junto a su padre; bien claro lo dejó dicho en alguno de los momentos en los que la fiebre le devolvió un poco de cordura. En su lugar, es a Sevilla a donde la comitiva se encamina. En esta traición a su última voluntad se concreta por primera

vez el cambio de régimen que se avecina. Hay un nuevo rey, y a él corresponde decidir sobre el lugar de descanso eterno de su padre. Sin embargo, don Alfonso tuvo más hijos, y varios de ellos acompañan al padre finado por los embarrados caminos que llevan desde Tarifa hasta Sevilla. No son legítimos, pero eso no impidió que su padre los colmara de honores. Junto a ellos también viaja su madre, Leonor de Guzmán, quien, a pesar de no haberse casado con el monarca, no deja de ser también un poco su viuda, y como tal se atreven a tratarla no pocos de los que componen la procesión. Aunque cada vez son menos; desde que el rey enfermó, sus partidarios menguan al calor del vino y del fuego que calienta las noches de conspiraciones, juramentos y promesas.

–El nuevo rey es demasiado joven todavía –dicen unos.

–Hay que prepararse para lo que puedan hacer los bastardos de don Alfonso, que muy bien podrían ganar una guerra –previenen otros.

–¿Y qué va a ser ahora de doña Leonor? –se preguntan todos por igual, aunque los hay que lo hacen con inquietud y otros, relamiéndose al pensar en las futuras calamidades que puedan sucederle a la enlutada mujer.

Leonor comenzó siendo la amante, la querida, la barragana del rey Alfonso, y terminó por convertirse en la madre de sus hijos, salvo del inevitable rey don Pedro, el único legítimo. Hasta hace unos pocos días, era la antesala del poder real en la corte, la verdadera custodia del rey, el camino insalvable que cualquiera debía transitar para que sus palabras fueran escuchadas por don Alfonso. Pero, en tanto que conoce de sobra cómo se conducen los hombres que ahora se abalanzan sobre el reino, Leonor no se hace ilusiones. Sabe que su poder está desmoronándose, como lo hace la carne de su amado en el ataúd que trata de ocultar su cuer-

po deforme y abotargado, su piel antes pálida ahora ennegrecida por la plaga que lo arrebató de su lado.

No ha habido nobleza en la muerte del monarca, tan sólo obstinación y enfermedad, decadencia y podredumbre. Cuando se desató la peste en el campamento real que asediaba Tarifa, los más cercanos al rey lo conminaron a retirarse. Pero don Alfonso no se dejó convencer. Le pesaba demasiado haber perdido a manos de los moros una ciudad que ya era suya. Era una cuestión personal. No podía volver a rendirla sin tomarla de nuevo, aunque fuera la peste la que llamara a las puertas de su campamento en busca de nueva carne que llevar a la tumba. Los rumores de la plaga que se había extendido por Inglaterra, Francia e Italia habían llegado a Castilla meses atrás, y lo que parecía tan lejano ahora campa a sus anchas por las ciudades y los campos de Andalucía. Tal vez Alfonso pensara que la muerte, cuando viene a manifestarse ante un rey, ha de hacerlo vestida para la guerra, con yelmo, espada y armadura, o envuelta en las canas de la senectud. Tal vez pensara que la sangre real lo protegería de la inmunda enfermedad que asolaba el campamento, que su final no podía ser el mismo que el de aquellos que morían en el barro con los miembros ennegrecidos y esos tumores tan horribles en el cuello y las axilas. Sin embargo, la muerte no tuvo en consideración las creencias del rey ni su determinación irracional por volver a ganar Tarifa para la corona de Castilla. En vez de eso, en vez de inclinarse ante él o pasar de largo conmovida por su tesón, por la justicia de su empresa o por su sangre regia, la muerte optó por enviar a cientos de soldados diminutos, casi invisibles, que cargan en sus vientres un enemigo que nadie imagina todavía, un ejército tan pequeño como voraz, tan ciego que no hace distinciones de especie ni de raza, que no tiene reparos en inyectar su ponzoña en los más ilus-

tres de los hombres. Y don Alfonso fue destruido con un simple mordisco de sus ínfimas mandíbulas, tan irrisorias en tamaño pero tan poderosas y mortales al final del día, cuando la fiebre sube y el cuerpo se retuerce entre escalofríos que nada puede calmar. Luego, tan sólo la espera. El tiempo y la acogedora calidez de la sangre del rey, que él creía tan diferente y que, en cambio, es tan igual a la de sus vasallos, hizo el resto. Los días pasaron entre fiebres, pústulas y delirios, y, conforme el cuerpo que tanto había amado era sepultado por tumores que parecían a punto de reventar, Leonor empezaba ya a temer que sus días de poder acompañarían a don Alfonso a la tumba. Aun así, se quedó a su lado. Lo vio morir y, entretanto, le aferraba la mano sudorosa, sin miedo a un contagio que no entendía, abandonándose a la posibilidad de caer ella también enferma, lo que hubiera sido, tal vez, un final más sencillo que el tortuoso camino que le aguarda y del cual Medina Sidonia va a ser la primera parada.

Cuando se hizo evidente que la comitiva se dirigía a Sevilla y no a Córdoba, la inquietud comenzó a crecer entre los familiares y aliados de Leonor. Allí los espera el nuevo rey, pero también su madre, la verdadera viuda, la que fuera esposa de don Alfonso a ojos de Dios. La reina doña María es hija de reyes, pues su padre Alfonso es el soberano de Portugal; no es una simple noble como Leonor. Hasta ahora ha vivido en la periferia del poder, relegada a una corte secundaria en la que, junto a unos pocos adeptos, aguardaba el momento en que pudiera consumir su venganza sobre aquella mujer que le robó a su marido, que le dio multitud de hijos con los que disputarle el trono al suyo, y Leonor comprende que esta venganza, que ha sido alimentada y mimada con esmero durante años, está a punto de caer sobre ella y los suyos con violencia.